

muchas de este jaez que sería prolijo enumerar y que, si hubiesen sido adoptadas por el Gobierno, habrían dado al traste con el comercio y la industria nacionales y por ende con la prosperidad de la República.

Tales consejos, por más que fuesen disparatados, como lo eran en efecto, no dejaron de estar en auge, porque se hallaban amparados por el prestigio de sus autores, algunos de ellos economistas, y porque venían en sazón oportuna, cuando la sociedad estaba sufriendo algunos quebrantos á causa de la crisis, y ansiaba un cambio en la situación, sin detenerse á meditar en sus terribles consecuencias. Entónces fué cuando me lancé á la lucha periodística, con la convicción íntima de que hacía un bien á la minería y al país entero, combatiendo sin tregua opiniones que juzgaba funestas para el bienestar de la Nación.

Sostenía yo, con plena conciencia, que *el mejor proyecto para salvar la crisis, consistía en no tener ninguno*, porque siendo México esencialmente minero y gran productor de plata, le convenía sostener el doble patrón monetario, establecido desde los primeros años de la conquista, con el aplauso universal. Felizmente los hechos han venido á justificar mis opiniones, pues el país ha triunfado al fin de la crisis, sosteniendo su prosperidad relativa, cumpliendo religiosamente todos sus compromisos y, lo que es más plausible, impulsando el desarrollo de la minería, cuya supresión pedían á grito herido algunos economistas y escritores mexicanos.

El país y el mundo entero juzgarán si tuve razón en todo lo que he sostenido en mis escritos.

PRIMERA PARTE.

TRADICIONES Y NARRACIONES MINERAS.

SIERRA DE RAMIREZ.

En el año de 40 del presente siglo existía una tribu numerosa en San Juan de Guadalupe, especie de aldehuela ó congregación, como antes se le llamaba, en la cual la mayor parte de los habitantes se apellidaban García, como si fueran, y acaso lo eran, descendientes de una misma familia.

Aquella raza estaba grandemente privilegiada: blancos, altos, fuertes y bien formados los mancebos; altas y blancas también, esbeltas y garridas las mozas; todos desempeñaban á maravilla sus faenas cuotidianas *canendo et ridendo*, como decían los telones antiguos.

Pero cuanto más pródiga fué la Naturaleza en sus favores físicos con los sanjuanenses, más parca y hasta mezquina se manifestó en las dotes intelectuales; pues no se distinguían en manera alguna por su cacumen. Verdad es que no tenían necesidad de aguzar su inteligencia para vivir en una dichosa medianía, porque sus tierras abundaban en plantas silvestres de gran provecho, entre las que descollaban majestuosas

las biznagas, el nopal, el maguey y el mezquite, cuyos frutos, preparados de un modo exquisito, son muy sabrosos y nutritivos.

El río Aguanaval, limpio y reluciente, cual galante doncel, pasaba por la población haciendo cabriolas á las frescas y sonrosadas aldeanas, y favorecía á la vez á los labriegos, regando mansamente sus huertas y majuelos, en los cuales se producían con la mayor facilidad toda clase de cereales, verduras y frutas sazonadas.

Pero el non plus ultra de los mantenimientos de aquellos dichosos aldeanos, era la caza, abundantísima en tan feraces terrenos, atravesados frecuentemente por manadas de venados y jabalíes, por parejas de osos negros y millares de liebres y conejos.

Los sanjuanenses no tenían que hacer otra cosa sino abrir las manos para coger con ellas cuanto deseaban; y esto no es exageración, pues yo mismo he concurrido en el año de 1858, el día de San Juan Bautista, á una corrida de liebres que, como todos los años, se verificó entonces con gentes á caballo y á pié, que partieron de tres ó cuatro leguas en redondo hacia la población, disparando tiros y dando gritos desaforados. Comenzó la corrida al clarear el día y poco después millares de liebres y conejos invadían los corrales y las casas de los vecinos. ¡Tanta facilidad y ventura en la caza eran para alabar á Dios!

Además de la caza y los quehaceres del campo se divertían los vecinos de San Juan de Guadalupe, como por pasatiempo en sus ratos de ocio, raspando hojas de lechuguilla para sacar ixtle en rama, y en unas cuantas horas obtenían, con una cuchilla y por un procedimiento enteramente primitivo, cinco ó seis libras, que valía en los tiempos á que me refiero cinco centavos la libra. No sabían hilar ni tejer la fibra, ni les hacía falta esta habilidad, porque en los días de tianguis se llenaba la plaza de fuereños que concurrían á comprar el ixtle para llevarlo á los minerales de Nieves, Río Grande, Sombrerete y

Zacatecas, donde se fabricaba la cordelería, las reatas y las mantas que se consumían en el comercio y en las minas.

Y como si aquellos dichosos habitantes no se considerasen satisfechos con los bienes que les rodeaban materialmente por todas partes, aún se permitían algunos valientes gandules, como era uso en tales épocas, el lujo de merodear de cuando en cuando por los pueblos comarcanos.

Con tan buenos y variados elementos, no es extraño que los sanjuanenses se pasaran una vida capulina. Los dominicos, después de oír misa, se divertían en giras campestres, corridas de gallos y coleaderos en la estación propicia, porque también tenían sus trocitos de ganado vacuno, caballar y cabrío; y eran excelentes ginetes. Otras veces entretenían el tiempo alegremente en fandangos, gallitos nocturnos y fruncachelas, acompañados siempre de chirimías y tamboriles.

No todos los aldeanos eran labriegos ó raspadores, había también algunos arrieros que se ocupaban en fletar el ixtle y traer efectos de comercio para el consumo del pueblo. Uno de estos arrieros, hombre entrado en años, formalote y vivaracho con sus puntas de filántropo, llevó cierto día á su regreso de Nieves, dos gambusinos, á título gratuito, que andaban á salto de mata por falta de recursos; activos é inteligentes, al ver la Sierra de Ramírez tan desprovista de vegetación, comprendieron que debía ser mineral y se dedicaron á explorarla con una constancia y una fe inquebrantables hasta que descubrieron las vetas vírgenes, sobre las cuales abrieron las famosas minas de San Acacio y El Patrocinio. Como los minerales eran plomosos y los gambusinos se perdían de vista para extraerles la plata, en poco tiempo construyeron hornos de fundición y comenzaron á expender grandes tejos del precioso metal en el comercio.

Cambió luego, como por ensalmo, la faz de aquel pueblo, que de tranquilo y solitario, se volvió en poco tiempo activo, laborioso, grande y rico.

Los gambusinos se hicieron poderosos con la venta de sus

minas; mas como tenían su lado flaco, pues eran aficionados á los licores y derrochaban el dinero á manos llenas, fué menguando su fortuna poco á poco, hasta dejarlos en la miseria.

Uno de ellos, que de Agapito á secas llegó á llamarse Don Agapito porque usó levita, era muy ocurrente, y cuando estaba alumbrado decía con cierto engreimiento:

—“Trabajo le ha de dar á mi Dios dejarme como estaba antes.”

Y sin embargó, el buen hombre se quedó á un pan pedir antes de llegar á viejo.

Desde que se verificó el descubrimiento minero se llamó á ese pueblo “Real de San Juan.” Mas no es este el único acontecimiento notable que ha elevado la población al grado de engrandecimiento y de prosperidad en que se halla: otro más importante se realizó algunos años después, del cual hablaré en otra ocasión.

SIERRA DE JABALÍES.

Habían transcurrido algunos años, dos lustros aproximadamente, y la aldehuela se había convertido en una ciudad, cabecera del Partido de San Juan y centro del movimiento minero y comercial de aquella comarca.

Aquellos García de buena talla y recia constitución, vestidos antes de manta trigueña, habían pulido algo sus rústicas maneras, tenían casi todos una fortunita regular y comenzaban á usar ropa exterior en forma de chaqueta y calzoneras, ó levita y pantalón. Las sonrosadas y garridas mozas, vestidas en un principio de telas burdas de colores chillantes, usaban ahora lienzos de lino, de lana y aun de seda, é ibanse poniendo pálidas y ojerasas, como es de rigor en las grandes poblaciones.

El comercio prosperaba, tanto por el número de las tiendas, cuanto por la variedad de las mercancías; y los comerciantes hacían su agosto vendiendo caros sus efectos y comprando la plata á siete pesos marco.

Estableciéronse dos escuelas, una para niñas y otra para niños, y algunas cantinas, billares y garitos, rigurosa usanza de las ciudades que quieren pasar por cultas.

En la época á que se refiere este relato, veíase la ciudad muy animada: la mayor parte de los vecinos notables estaban contentos porque eran parientes, más ó menos allegados, de tres jóvenes nativos del lugar que estudiaban en el Seminario de Durango y que debían llegar de un día á otro para

pasar las vacaciones en compañía de sus familias. Preparábanse éstas para recibirlos con grandes demostraciones de regocijo, por ser dichos jóvenes los primeros presuntos sabios que producía la tribu.

Llegó por fin el día tan ansiosamente esperado, y al rayar el alba se reunieron en la plaza principal gran número de hombres á caballo, empuñando armas diferentes, como escopetas, pistolas, lanzas y machetés, y partieron en riguroso orden de formación al encuentro de los seminaristas; á la cabeza del escuadrón marchaba la escoleta, especie de murga municipal. Antes de mediar el día entraron triunfantes á la ciudad los tres jóvenes escolares, escoltados por todos los ginetes y seguidos de la murga, á la cual rodeaba la multitud dando gritos y disparando tiros y cohetes, en tanto que las campanas repicaban á más y mejor.

Esta ruidosa comitiva hizo alto en casa del alcalde, donde se esperaba á los viajeros con un banquete, porque aquel funcionario era el dichoso padre del joven B. García, estudiante de segundo año y bastante aprovechado.

El alcalde no cabía en sí de gozo al recibir las calurosas felicitaciones populares por suceso tan plausible, y se devanaba sin cesar los sesos discurriendo sobre los festejos con que debía hacer agradable la estancia de los colegiales en la población. Como era hombre de recursos y estaba en auge por razón de su encargo, menudearon luego los convites de los vecinos para comidas en la población y en el campo, y para bailes y conciertitos caseros, donde se lucían á maravilla los gárrulos de ambos sexos.

Pero hubieron de acabarse las fiestas, y los mancebos comenzaban á aburrirse cuando se concertó una cacería en la Sierra de Ramírez.

Ya he dicho que la caza era abundante en los terrenos de San Juan, y que entre las cuadrúpedos montaraces que había allí eran notables por su número excesivo los jabalíes y los venados.

Para cazar estos animales se arregló la expedición, y un día salieron en la madrugada los cazadores bien provistos de bestias, armas y vitualla, en dirección de la parte que llamaban Sierra Nueva, porque la vieja, ó sea la de San Acacio, era recorrida frecuentemente por los dependientes, operarios y carreteros de las negociaciones mineras. los cuales habían ahuyentado todas las piezas de caza.

Al terminar el día, sentaron sus reales los cazadores en un bosquecillo de palmas, cerca de un depósito pequeño de agua; y al despuntar el día siguiente se puso en marcha la expedición: algunas horas después, los perros dieron con la huella de una manada de jabalíes y se echaron á correr sobre ella, seguidos por los hombres con un entusiasmo que rayaba en frenesí, hasta que vieron éstos á las fieras que estaban á pie firme dentro de un espeso bosque de sotol y lechuguilla. Los estudiantes y sus amigos comenzaron á discurrir sobre la manera de atacar á los jabalíes, cuyo número pasaba de ochenta; pero al notar que sus seis perros habían sido destrozados casi todos, en un abrir y cerrar de ojos, por los aguzados colmillos de las fieras, se lanzaron en desorden sobre éstas al grito unánime de ¡viva San Juan! mas poco después retrocedieron desconcertados, jadeantes y maltrechos, seguidos de cerca por los jabalíes que los pusieron en vergonzosa fuga y en dispersión completa, porque no tuvieron tiempo de cargar de nuevo las armas que habían disparado.

El colegial B. García, jefe de la partida, fué el que se dió más vuelo en aquella desaforada carrera: una pareja de jabalíes iba gruñéndole cerca de los talones, y sólo pudo detenerla arrojándole algunas piedras con tanta destreza como buena suerte. Solo ya, y estenuado por la fatiga, se le aflojaron las sopandas y cayó redondo en el centro de un espeso mogote de lechuguilla; hasta después de largo rato se apercibió de que lo pinchaban por todas partes las puas de que estaba erizado su agreste lecho. Levantóse con gran trabajo, dejando escapar plañideras quejas contra su negra fortuna; y á es-

te tiempo fueron llegando sus compañeros, todos cabizbajos y doloridos, sangrando de las extremidades inferiores por las heridas abiertas por las puas de la lechuguilla ó por las dentelladas de las fieras.

Algún tanto repuesto el jefe, del susto y la fatiga, hizo notar á sus compañeros la extrañeza que le causó el sentir cuán pesadas eran las piedras que arrojó á los jabalíes: recogieron algunas de las que por allí había, y al examinarlas convinieron todos en que debían ser minerales. Como no tenían voluntad ni fuerzas para cargar aquellas preciosas muestras, formaron con ellas una pequeña pirámide en el centro del bosquecillo, con la intención de volver algún día por ellas para mandar ensayarlas. A paso lento, y merced á supremos esfuerzos de voluntad, regresaron al Real, donde permanecieron algunos días para curarse las heridas, pues no querían llegar á San Juan sin perros, casi sin armas y en un estado tan lastimoso.

Formaban parte de la expedición dos gambusinos, los hermanos R***, de ojos lince para conocer las piedras ricas: al ver y palpar las que amontonaron sus compañeros, se les hacía agua la boca, calculando la gran fortuna que se les venía á las manos, como llovida del cielo; conocieron luego que los minerales contenían plata córnea, negra y verde (cloruro, sulfuro y yoduro).

Eran tan ricas aquellas muestras, que los gambusinos no se cansaban de rayar con las uñas y con los dientes la plata dúctil, con gran contentamiento suyo. Estos chicos, ladinos como pocos, se quedaron ocultos en la sierra, cosa fácil en terrenos tan abruptos, y mientras los demás cazadores se curaban las heridas, ellos se lanzaron á trote largo en busca de sus asnitos, en los cuales cargaron el mineral y lo transportaron de noche hasta su casa. Allí lo limpiaron, pesaron y beneficiaron callandito, quedando asombrados al ver que doce arrobas dieron cien marcos de plata.

Como tenían mucha práctica en estos asuntos y ya habían

descubierto sin gran trabajo el manto de que procedían las piedras del boleó, denunciaron el criadero y comenzaron á trabajar con ahinco en abrir la mina, de la cual sacaron los primeros frutos con leyes fabulosas, hasta de 250 marcos por carga, lo cual prueba que *la diligencia es madre de la buena ventura*.

La derrota de los colegiales dió origen al nombre de Sierra de Jabalíes que lleva hasta ahora la de Ramírez.

Poco después del fracaso comenzó á esparcirse por la ciudad el rumor de un nuevo descubrimiento bonancible en la parte nueva de la sierra; entonces se acordó el estudiante B. García de la pirámide mineral que dejó en el mogote; súpolo el alcalde y se le despertó la codicia de tal modo, que emprendió luego un viaje á la serranía acompañado de su hijo y algunos mozos. Al llegar al punto designado vió con disgusto que los gambusinos disfrutaban la bonanza legalmente: éstos le hicieron una mamola al estudiante, como diciendo: *el que las sabe las tañe*, y se quedaron muy orondos trabajando "La Blanca," la primera mina descubierta sobre los mantos de la Sierra de Jabalíes.

Como por encanto se pobló en seguida aquel desierto inmenso, que desde entonces ha producido enormes cantidades de plata, haciendo más famoso el Real de San Juan.

UN GAMBUSINO ZACATECANO.

¿Saben ustedes lo que significa la palabra *gambusino*?

No, ¿verdad? Pues francamente ni yo tampoco lo sé de ciencia cierta, porque esa palabrita no existe en el diccionario de la lengua castellana; pero como se aplica á personas reales y tangibles, y es usada con mucha frecuencia por los escritores mineros, especialmente los mexicanos, son ya muy conocidos en el país los individuos á quienes ella se refiere.

Y si he de decir toda la verdad, los gambusinos son personas utilísimas á la minería, porque suelen ser los autores de los descubrimientos minerales más bonanciles; pues siempre andan á caza de gangas, ó lo que es lo mismo, en busca de vetas vírgenes que explotan á maravilla, sean buenas ó malas; si son buenas, excusado es decir que extraen y benefician con gran maestría sus productos, y si son malas, les sacan con ellas bonitamente los dineros á los prójimos aficionados á las bonanzas fáciles, presentándoles mañosamente y con mucho arte las labores en ricos frutos.

Los gambusinos son generalmente operarios de minas que después de haber aprendido muy bien el oficio, llegan á creer que el servicio á jornal es un contrato leonino, en el que el trabajador activo y de talento sale grandemente perjudicado. Por esta razón abandonan la raya en el momento preciso y se echan á andar por esos cerros en busca de filones, y por las ciudades en pos de las economías de la gente codiciosa.

Son locuaces y muy ladinos, y nadie sabe como ellos pre-

sentar en las piedras el oro y la plata de manera que les conozcan hasta los más ignorantes; y á veces llevan su habilidad hasta el extremo de hacer brotar la plata y el oro nativos en los cantos ó guijarros, poniendo previamente la amalgama en las oquedades naturales ó artificiales de las piedras y evaporando después el mercurio.

Con larguísima práctica en los trabajos mineros, los gambusinos, sin ser matemáticos, suelen trazar y ejecutar obras difíciles para introducirse clandestinamente á las labores de las minas bonancibles ajenas y extraerles los frutos ricos, antes, mucho antes que su dueño. Y ¡cosa rara! manifiestan la misma estimación por el oro y la plata nativos que acuñados; en prueba de esta verdad no hay sino ver en los grandes Minerales las obras subterráneas, perfectamente trazadas y ejecutadas, para penetrar á las casas donde ha existido algún tesoro acuñado, que por aquellas ha desaparecido.

Para dar á conocer mejor la admirable habilidad de los gambusinos, referiré algunos ejemplos de los que tengo conocimiento, con la esperanza de que sean de alguna utilidad á las personas confiadas é inexpertas, especialmente ahora que nuestros primos suelen andar por los cerros de Ubeda, buscando minas.

Hace cinco lustros que existía en Zacatecas, en un extremo de la calle de Tacuba, una pequeña sastrería, cuyo propietario era un español de mediana habilidad en el manejo de la tijera; pero que á fuerza de privaciones había logrado formar un capitalito con el fruto de las economías realizadas durante largos años de trabajo.

Era este maestro sastre de pequeña estatura, y tan endeble y delgadito, que daba lástima verlo; y tenía un carácter tan complaciente y sumiso, que se había granjeado las simpatías de españoles y mexicanos, conservando una regular clientela.

Hallábase una tarde en su pequeño establecimiento, enteramente solo, después de haber despedido á sus oficiales al